

## *Incendio mineral*

MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ

epílogo de Julieta Valero, Madrid, Vaso Roto Ediciones, 2021, 85 pp.

La también poeta Julieta Valero ha escrito un epílogo para el poemario *Incendio mineral* de María Ángeles Pérez López (Valladolid, 1967), publicado en 2021 dentro de la colección “Vaso Roto”, donde ya había dado a conocer su *Fiebre y compasión de los metales* (2016). Paratexto ciertamente útil, dicho epílogo es un comentario interpretativo acerca de las características fundamentales de la obra de la pucelana, dilucidadas a partir de la más reciente. Lo que se subraya en primer lugar es que en cada nueva entrega se ofrece a los lectores una renovación si la comparamos con la previa, y por supuesto con todas las anteriores. Sentada esta premisa tan constatable, se pregunta acto seguido por el impulso más hondo que subyace en la escritura de Pérez López, y entiende que cabría hablar de una querencia hacia la alteridad o, dicho con sus palabras, “de conjugarse en los demás, sean personas, objetos, lugares, sucesos, esplendor o violencias del Mundo” (79).

El uso de la palabra, del concepto “conjugación”, en el párrafo recién transcrito, lleva a Julieta Valero a la propuesta de calificar como “poética de la conjugación” la que unifica la lírica de Pérez López. Y explica acto seguido las razones en las que se ha basado para entenderlo así, examinando sobre todo los tres libros anteriores de la autora; a saber: el antecitado de 2016, *Fiebre y compasión de los metales*, y los dos de 2019, titulados respectivamente *Diecisiete alfiles e Interferencias*. En esos tres poemarios percibe algunas semejanzas, principalmente el apoyo profundo en la lectura de autores determinados y significativos de las letras universales, españolas e hispanoamericanas, así como la tendencia a sentir como no ajeno, cuando es nombrado, lo que lo es.

Tales parentescos son compatibles con las muy diferenciadas formas de escritura y de mostración con las que se manifiestan dichos libros. En efecto, la praxis poética del de 2016 no tiene que ver, desde el ángulo del ritmo al menos —porque

se asienta en endecasílabos sistemáticos—, ni tampoco en sus asuntos, con los haikús de *Diecisiete alfiles*; ni esos tipos de textos tan escuetos con los poéticos, periodísticos o de otras procedencias, que se eligieron y en algunos casos se alteraron para suscitar inquietudes varias, cuando no perturbaciones mediante “interferencias” que sacudiesen comodidades lectoras en el campo de la poesía y en el ámbito personal. A este procedimiento lo llama Julieta Valero también “conjugación”, pero aquí “de nuestra conciencia” (81).

La interpretación por Valero —partiendo de la lectura de *Incendio mineral*— de la poética más adentrada de María Ángeles Pérez López entiendo que es valiosa. Primero se refiere a dos componentes que se alinean y convergen con lo que ya había señalado sobre las obras precedentes, es decir, que en él se gesta la poetización desde voces de diversos poetas de gran fuste y hondura, y que en él se evidencia asimismo una consustancial transitividad. Segundo: se sitúa en otra dimensión hermenéutica valiéndose de un concepto interpretativo que aprendió leyendo al psiquiatra galo Jacques Lacan. A través de esta lente, dilucida de manera convincente la almendra interior no solo de la obra que comenta, sino de la entera creación lírica de su autora.

La idea lacaniana de “lo éxtimo”, de lo que sin dejar de ser exterior a la vez es trasunto de lo más interiorizado, le sirve a Julieta Valero para entender y perfilar mejor, en virtud de esa herramienta especulativa, el libro *Incendio mineral*. En sus quince poemas en prosa habría dado respuesta María Ángeles Pérez López a una ecuación de su identidad, entendiéndola “como energía que debe completarse en los demás. Lo otro Mundo” (82). Este entendimiento lo habría efectuado desde su corporalidad hecha lenguaje, coincidiendo en el meollo último de cada texto su propia identidad y lo vario del mundo, entrevistas ambas instancias desde una intelección analógica en la que “el cuerpo propio se vuelca en el cuerpo del mundo...” (83).

En la fase final de su lectura, Julieta Valero recuerda la convicción que transmite la poesía de la escritora y filóloga vallisoletana de que el lenguaje nos hace, y estima que dentro de su lírica se transmuta cada texto en un espacio en el que se revierte, en pro de la unidad, el poder centrífugo de las palabras. Subrayando esa poética que ha rotulado como “de la conjugación”, concluye “que es muy difícil encontrar un libro donde la energía de lo poético haga una aleación de lo universal y

lo pequeño, de lo que ataña a la carne del cuerpo sólo y al de la especie, de lo que trae rumores ancestrales y retos de presente” (85).

Me detuve en exponer la metodología y el contenido discursivo desarrollados en el epílogo por el nuevo enfoque y la alta precisión que aporta para el conocimiento cabal de la obra de la vallisoletana, para cuya poética se propone al mismo tiempo una denominación que creo atinada. Ciertamente, la crítica ya había advertido en esa lírica la simbiosis que ofrecía con las cosas del mundo, entendiendo por cosas las realidades todas. Y ciertamente también se había resaltado la función sustancial que la corporalidad desempeña al decirse como escritura. Sin embargo, insisto en el acierto denominativo de “poética de la conjugación”, porque es susceptible de englobar otras poéticas parciales suyas, que las hay, y habían sido puestas de relieve, pero que pueden ser englobadas por esa denominación más genérica e inclusiva.

El lector de *Incendio mineral* encontrará en sus páginas las correspondientes poetizaciones en prosa de cuanto advierte Julieta Valero en el epílogo que hemos intentado resumir. Y lo encontrará desde el primero de los poemas, “Mi cuerpo choca contra los pronombres”,

que finaliza con una aserción de la hablante referida a su identidad indisoluble y *sine qua non* con la palabra poética: “Solo soy una herida en el lenguaje” (12). La indiferenciación entre cualesquiera realidades y lo que, con un título de José María Valverde, pudiéramos llamar “ser de palabra”, la leemos ya a partir del segundo poema, acabado con esta simbiosis animal en la que se implica el amor: “Soy a la vez la araña y soy su mosca” (15).

Conviene poner énfasis en la dimensión erótica del libro, porque responde a uno de los *leitmotius* axiales en la poesía de María Ángeles Pérez López. A él aludíamos a vueltas del poema recién citado, y volvemos a mencionarlo tras la lectura de las composiciones doce y catorce, donde el amor incluso amalgama lo vivo y lo muerto, “enlazados como si no hubiera entre ellos nada más que el amor. Su combustión” (6). Esa poética, la de la combustión, tan característica en su obra, y que en este libro se refleja desde el propio título, *Incendio mineral*, es una de las que uno integraría en el magma textual de la poética de la conjugación.

José María Balcells Domenech  
Universidad de León